

do le vieron salir tan apuesto, seguido de los suyos, cual si en vez de arribar al cadalso erigido por sus enemigos, arribara al trono de sus padres, un clamor horrible salió del pecho de las muchedumbres reunidas en la plaza del Mercado de Nápoles, y una indignacion tal se apoderó hasta de los mismos guerreros franceses, sus vencedores, que algun gentil-hombre sacó su espada para herir á los jueces, capaces de dictar aquella bárbara é incomprensible sentencia. Coradino se adelantó unos pasos casi al borde del tablado, sacó su guantelete que llevaba puesto, y lo lanzó al aire á fin de que lo recogiese un príncipe que aun quedaba con algun derecho á representar la casa de Suabia, el príncipe don Pedro de Aragon. Y lo recogió en efecto, y la muerte de Coradino fué ruidosa y noblemente vengada. Cuentan los cronistas que en el momento de caer la cabeza augusta del último representante de la dinastía de Suabia, un águila bajó del cielo, mojó sus alas en la roja sangre, y desapareció en lo vacío. Diriais que estabais leyendo una página de Livio, de Herodoto, de Plutarco, de cualquiera de aquellos historiadores antiguos que tan mágicas relaciones suelen hallar entre las tragedias de la historia y las tragedias de la naturaleza, llevando hasta el seno de los séres inanimados nuestros afectos y nuestra compasion. Aquella águila significaba el Sacro Romano Imperio desapareciendo de los cielos de la Edad media. ¿Qué iba á ser del Pontificado?

En la última década del siglo décimotercio la unidad pontificia se quebranta, como se quebranta la unidad imperial. Estas dos unidades se parecen á dos líneas paralelas, en que extendiéndose la una junto á la otra, y marchando en la misma direccion, ¡ah! no se encuentran ni siquiera en lo infinito. El poder de los Papas logra desorganizar al poder de los Emperadores. Desde el día en que la casa de Suabia sube al trono de Sicilia, cogida la autoridad temporal de los Papas entre el Norte y el Mediodía, como entre el martillo y el yunque, no le queda respiro alguno y combate con crueldad y ensañamiento á sus rivales en gloria y en poder. El triunfo de los Papas sobre los Suabias no puede ser mas resuelto ni mas definitivo. La gran dinastía se extingue; sus hermosos y gloriosísimos vástagos, que cada cual naciera con su corona respectiva en la frente, sucumben ó en la horca ó en el cadalso; y el Imperio pasa por anárquicos interregnos ó cae como vil mercancía en las almonedas y

en las subastas, cedido por electores viles, no al príncipe mas glorioso y mas legítimo, sino al que ofrece mayor cantidad de corruptor dinero. Así como un alma vicia sin remedio, si viciosa, al cuerpo que la lleva, y un cuerpo hace enfermar, si enfermo, al ánima que encierra; el Pontificado destruye al Imperio y el Imperio al Pontificado en esta gravísima crisis de los dos fundamentales poderes. A fines del siglo décimotercio, si los Enriques de Inglaterra y los Alonsos de Castilla luchan allá en la capital de Alemania por la corona imperial, los Orsinos y los Colonnas luchan en la capital del mundo por la corona pontificia. Dos Cardenales se habian puesto á la cabeza de estas dos facciones, como para enardecer sus ánimos y agravar en este enardecimiento sus mutuos é implacables rencores. Imposible, en tal estado de los ánimos, la tranquila eleccion de los Pontífices. Corria el año 1263; y el Cardenal decano del Sacro Colegio reunia sus cofrades, ya en Santa María la Mayor, ya en la Minerva, ya en el Aventino, sin lograr de ellos que vinieran á un acuerdo, ni que tomaran una resolucion. Echóse en esto el verano encima, insoportable en Roma, especialmente para los extranjeros; y los Cardenales no romanos se guarecieron en Rieti y los Cardenales romanos se quedaron en la Ciudad Eterna; mientras el mas ambicioso y el menos disciplinado de todos ellos, el célebre Benito Gaetani, se fué á su ciudad natal, teatro de tragedias que referiremos mas tarde, y conocida en la geografía y en la historia con el inolvidable nombre de Anagni, por siempre ligado á una tremenda y pavorosa catástrofe.

Estado terrible el estado de Roma en aquella angustiosísima sazón. Las dos facciones pontificias irreconciliables entre sí como los güelfos y los gibelinos, contendian por la tiara; sus respectivos jefes llovian de sus almas, enardecidas como tonantes nubes, el odio y la venganza; sonaban los aires con el ruido de los aceros desnudos; temblaban las calles bajo el peso de los ejércitos combatientes; ardian los palacios con todas sus obras de arte; sufrían las iglesias la profanacion y el saqueo; la arbitrariedad nepotista elegia los príncipes de la Iglesia y la guerra feudal los príncipes de la ciudad; y mientras tanto, por espacio de seis largos y tormentosos meses, quedábanse los ciudadanos de Roma sin jefes civiles y sin pastores los fieles de todo el mundo. Así pasó el verano, y al otoño, pudo rehacerse la paz civil como quien



rehace una tregua en medio de cruentísima guerra; pero no pudo rehacerse la paz religiosa. Los Cardenales se congregaron en Perusa; y la congregacion aquella no dió resultado alguno. En vano el rey de Nápoles Carlos II y su hijo Carlos Martel, rey pretendiente de Hungría, rogaron á los príncipes de la Iglesia que no dejaran al mundo en esta orfandad, y que apercibieran prontamente un Pontífice; trascurrió el invierno sin resultado alguno, continuando vacía la sede pontificia. El 5 de julio, la eleccion recayó en lo mas pavoroso, porque era tambien lo mas desconocido. Estas altas instituciones no pueden librarse al acaso, sin perderse sin remedio. Si llegan á ellas hombres improvisados, podrán sostenerlas ó salvarlas por la virtud del genio; pero el genio tiene siempre carácter excepcional en la historia. Y es mas fácil hallar hombres expertos, instruidos, aleccionados en la vida, que hombres llenos de luces sobrenaturales y de inspiraciones súbitas, concedidas por la naturaleza escasamente á ciertos privilegiados mortales. Y lo peor de aquella resolucion estaba en que el lanzarse á lo desconocido provenia de lo mucho que entre sí mismos se conocieran los competidores y los rivales, empeñados en abierta guerra por la codiciadísima tiara. Perdida debia estar la autoridad de aquellos cardenales, cuando sentian unos respecto de otros tal enemistad ó tal desconfianza. Uno de ellos, el cardenal latino, dijo conocer allá en apartada tierra una especie de salvaje penitente, vestido de sayal, acostumbrado al cilicio, habitante de inaccesibles montañas, puesto sobre sus rodillas como un árbol sobre sus raíces; sin comunicacion ninguna con la sociedad; factor de milagros; taumaturgo de leyendas, jefe de solitarios; que acaso pudiera, por revelaciones robadas al cielo y recogidas en su alma, rehacer la quebrantada y casi perdida autoridad pontificia.

Error de los errores aqueste. Un Papa no pertenecia solamente á la estirpe de los sacerdotes y de los santos, sino tambien á la estirpe de los políticos y de los estadistas. Un Papa no necesitaba tan solo pensar en su ministerio religioso, necesitaba pensar al mismo tiempo en su ministerio civil. Un Papa no era solo pastor espiritual, que llevara las almas á pacer en los campos místicos el pasto de la doctrina teológica, sino un monarca temporal que regia los hombres por medio de mundana autoridad y que los enfrenaba por medio de leyes coercitivas. En la situacion, á que lo habian elevado los movimientos

naturales de la sociedad, necesitaba tanto de la ciencia como de la práctica, de la virtud como de la fuerza, del conocimiento de la idea como del conocimiento de la vida, de la realidad como del ideal. Cuando aun estaba el poder pontificio en todo su auge y el civil en toda su imprescindible sumision; cuando el Papa presidia el consejo de los reyes europeos y daba en el derecho canónico bases al derecho civil; cuando investia y despojaba por su voluntad soberana aun á los príncipes; cuando debia atender con reconcentrada atencion al Imperio de Oriente que vacilaba entre el catolicismo y el bizantinismo y se veia de muerte amenazado por la cimitarra de los turcos; cuando debia ocurrir á las inmensas dificultades suscitadas por el desorden y el interregno en el Imperio germánico; cuando necesitaba mirar la consolidacion de las monarquías laicas que empezaban ya manifestamente á dibujarse como una amenaza terrible á la autoridad y á la jurisdiccion de la Iglesia; cuando las Universidades forjaban una semi-tiara en las sienas de los reyes con la idea del derecho divino deducida del antiguo derecho romano; en esta situacion extraordinaria, entregar el poder pontificio á un penitente, á un solitario, á un asceta, sin mas trato que el de las alimañas selváticas y sin mas estudio que la contemplacion mística de la Naturaleza, equivalia ciertamente á entregar inmensa nave cargada de innumerables riquezas, entregar la brújula, el libro de bordo, los instrumentos náuticos, el timon á ignorante campesino, que nunca en su vida hubiera visto el océano ni sus procelosas turbaciones.

El 5 de julio eligieron al anacoreta; y á las pocas horas, tres Obispos se encaminaron al monte Murrone para notificarle su eleccion. Hijo undécimo de ignorante campesino, sujeto á enfermedades continuas, asaltado por visiones á veces extravagantes y á veces beatíficas, entró en la orden benedictina; y no pareciéndole asaz severa ni rígida para sus inclinaciones, exageróla, fundando en apartado monte, donde profesaba la pobreza y el retiro, no como cánones de su disciplina, como necesidades de su existencia. Alguna vez descendió de sus grutas, y se entró por la corte pontificia, mas tan solo para pedir á los Papas la confirmacion de la regla que habia ideado y de la comunidad que habia establecido, consagradas una y otra al culto severísimo del Espíritu Santo. Y aun se dice que, en estas rápidas bajadas del monte y en estas breves idas al mundo, verificaba frecuentemente algun que otro milagro



á guisa del antiguo Elías, encerrado en la misteriosa montaña del Carmelo. Entregar á un hombre así la direccion del orbe católico era tanto como entregar á un muerto la direccion de la vida universal.

Y los mensajeros llegaron; y apenas, pudieron acercarse al sitio donde habitaba el penitente. Su calcárea montaña, sin rutas ni senderos, apenas aparecía practicable sino á las águilas que bajaran del aire y á las cabras que subieran del valle. No habia medio de cabalgar por aquella tierra movediza, ni por aquellas pendientes abruptas, pues hasta los peatones se caian á cada paso, viéndose obligados á tenderse en unos puntos y á marchar á gatas en otros, como si de especies meramente animales, y no de seres humanos, fuera aquel monte asilo y vivienda. Por fin llegaron y descubrieron groserísima cabaña, construida como una madriguera mas bien que como un hogar, sin otra comunicacion para recibir la luz que tosca puerta hecha de ramaje seco, y triste ventana clusa por plomiza pizarra. Extraño debia parecer á los solitarios aquel concurso de príncipes de la Iglesia lujosamente ataviados, seguidos de su vistósima corte, acompañados de muchos señores del tránsito á quienes aguijoneaba la natural curiosidad, en aquellos parajes que solo habian presenciado hasta entonces la penitencia de los ascetas y solo habian oido el susurro místico de las oraciones mezclado con el estridente grito de las águilas. Pero mas extraño debia aun parecer á los mismos embajadores la entrega de Roma, la ciudad política por excelencia, y de la tiara, la corona cesárea por antonomasia, tanto como el gobierno del mundo y de las almas, al hombre que apareció en aquella ocasion solemne con la barba crecida é inculta, el cabello cayéndole sobre la espalda como á los antiguos reyes bárbaros, los ojos hundidos en sus huecos á guisa de fuegos fatuos ó de volcanes encendidos, los pómulos á los que se pegaba rugosa y apergaminada piel un tanto rojos por la fiebre, las manos trémulas como si extraña electricidad las agitase, las vestiduras de esparto, las carnes maceradas, mudo y nervioso á un mismo tiempo, cual ciervo sorprendido por el cazador en su carrera, mirando á todas partes con extraña mirada que lanzaba relámpagos y llovía lágrimas. En cuanto le vieron, deslumbrados naturalmente por su extraña figura, descubriéronse todos la cabeza, hincaron la rodilla en tierra, y dirigieron á una hácia él sus manos suplicantes, cual si hubieran visto bajar un santo de los

cielos. Y en efecto, nada tan extraño en aquella selvática soledad, entre las grietas del monte, á la puerta de las pobres cabañas, sobre el teatro de la naturaleza completamente inculta, como la púrpura y los pectorales de pedrería, y los brocados y los plumajes de colores, y las armaduras que reflejaban los rayos del sol, y las dalmáticas que ofrecian los timbres del orgullo aristocrático, en contraste abierto con aquella especie de cadáver ambulante, el cual habia realizado ya con sus compañeros de ayuno y de maceracion la terrible igualdad que guarda en sus senos la muerte. Ninguna de sus visiones beatíficas, ninguno de sus presentimientos místicos, ni siquiera esos animales extraños que anuncian á los santos del calendario sibilinos oráculos, le dijeron la suerte que le reservaba tan solemne hora, su conversion súbita de triste solitario en prelado de los prelados y en rey de los reyes. Así, en cuanto supo la nueva que para otros hubiese sido tan plácida y para él tan nefasta, conmovióse cual si le tentara alguna de aquellas visiones diabólicas, que interrumpen el sueño y turban la meditacion de los ascetas. Erizósele el cabello, flaqueáronle las piernas, lanzó agudos gritos su pecho, y apartando de sí las ofertas que le presentaban y los títulos que le traian, dióse á correr, creído sin duda de que solamente podia estar su salvacion en la fuga. No corriera un ave sorprendida en su nido, un gamo sorprendido en su caverna, como corrió aquel hombre resuelto á esquivarse al brillo deslumbrador de las glorias y de las grandezas de este mundo. Desapareciera ciertamente, ocultándose en las entrañas de la tierra, si no le detienen los propios hermanos de su orden y no le amonestan por la gravedad de aquella fuga y sus terribles consecuencias. Entonces el pobre penitente, fiado por completo á sus prácticas espirituales, poniendo en Dios y en lo invisible toda su confianza, creído de que le bastaba lo sobrenatural para sumergirse en la naturaleza y los avisos del cielo para salvarse de las sirtes del mundo, cayó de hinojos en tierra, y dirigiendo una oracion á las alturas, aceptó con resignacion el abrumador gobierno de los hombres. El solitario fué nombrado Papa y tomó la denominacion de Celestino V.

Corria por aquel tiempo, en las órdenes mendicantes, acreditada una idea, muy en consonancia con el sentimiento progresivo de nuestro tiempo y muy en desacuerdo con la doctrina ortodoxa de la Iglesia católica. Esta idea, fun-